

017. Me has mirado a los ojos

¿No hemos pensando nunca en el poder de la mirada? ¡Hay que ver lo que dice una mirada de los ojos!... Ponemos el caso más singular y entrañable. Él le miró a ella aquel día, ella le miró a él, y al cabo de poco paraban los dos ante el altar. Una mirada lo había dicho todo... Y si a la mirada se añade la sonrisa, sobran todas las palabras.

Recuerdo que cuando los del grupo íbamos al hospital a atender a algunos enfermos, nos encontrábamos con una anciana especial. Alta, gruesa, debió ser en sus buenos tiempos una mujer distinguida. Pero, sentada ahora siempre en su sillón, era la imagen clavada de la amargura. Su cara, con la línea de las mejillas y labios caída, se prestaba para una caricatura divertida. (*¡ay, que me perdone desde el Cielo!...*) En fin, era una pobrecita mujer inaguantable. Aunque pronto encontramos el secreto para hacerla cambiar. La mirábamos, le sonreíamos, y aquella cara adusta y larga se rellenaba de nuevo, se le ensanchaban otra vez las mejillas, y había que ver la felicidad que transparentaba.

Todo ese milagro, por una mirada y una sonrisa...

Añadamos todavía algo muy interesante. Si a ese mirarnos y a ese sonreírnos se añade que nuestro interlocutor nos llama por nuestro propio nombre, que lo sabe, que lo recuerda..., el gozo nos llena por completo, al ver que somos una persona importante, que se piensa en nosotros, que se nos ama, que se cuenta con nosotros...

Jesús tuvo este gesto con María la de Magdala en el amanecer de la Resurrección. Cuando la llamó *¡María!*, por su propio nombre, mirándola, sonriéndole, ella se volvió loca de amor... Jesús podía contar con ella para cualquier cosa. Y a ella le encargó el primer anuncio de la Resurrección.

Esta escena del Evangelio la repite Jesús ahora también. Lo hizo un día con cada uno de nosotros, como se lo recordamos después de cada estrofa de ese canto tantas veces repetido:

- *Señor, me has mirado a los ojos, sonriendo has dicho mi nombre.*

¡Mi nombre! ¡El mío! ¡Me ha mirado y me ha sonreído a mí! Por lo visto, soy “alguien” para Jesucristo...

Nosotros entonces enloquecemos de amor, y le podemos decir ahora que cuente con nosotros para lo que quiera.

- *En la arena he dejado mi barca...*

Ya no nos importa más que Jesucristo, y entonces le decimos que con Él nos iremos a navegar por otro mar, buscando su amor sobre todos los demás amores...

Contar así con Jesucristo, y poderle decir a Jesucristo que así cuente con nosotros, es el colmo de la amistad con Él. Así como es también la mayor fuerza que podemos imaginar en el mundo. Jesucristo ha inspirado los heroísmos mayores que se conocen. Por Él se han jugado mil veces la vida innumerables seguidores suyos.

Como ocurre con un Santo franciscano capuchino, que va a ser operado. No se puede contar con anestésicos, muy inseguros en aquel tiempo, y se le va a amarrar bien fuerte para evitar cualquier convulsión durante la operación delicada. Y el santo se opone sereno y tranquilo ante aquellas medidas prudentes:

- *¿Para qué cuerdas y cadenas? Tráiganme mi Crucifijo.*

Cuando lo tiene en sus manos, le mira detenidamente al rostro y se cruzan las dos miradas: la del que tiene la fuerza del Cielo y la del hombre débil, pero que ordena ahora:

- *Doctor, empiece la operación.*

La mirada de Cristo tuvo más fuerza que todos los amarres... (San José de Leonisa)

El amor tiene siempre dos extremos: el que ama y el que es amado. Al unirse estos dos extremos, amante y amado se hacen una sola cosa. El amante se convierte en amado, y el amado se convierte a su vez en amante. Esta ley, la más bella y dichosa impuesta por Dios en la naturaleza, tiene su cumplimiento más grande y sublime en el amor de Jesucristo a nosotros y en el de nosotros a Jesucristo.

Toda la iniciativa partió de Jesucristo, porque fue Jesucristo el primero en mirarnos y en escogernos. Pero al ser nosotros conscientes de ese amor del Señor, nosotros nos damos también a Él con todas las fuerzas de nuestro ser.

Nuestra mirada no se aparta de esos ojos suyos tan bellos, que nos siguen mirando.

Nuestro corazón late al unísono con el suyo, y por Jesucristo haremos cualquier cosa que Él nos pida.

El poeta le decía a su amada que, por una mirada de ella, él le daba un mundo. ¿Cómo le pagaremos a Jesucristo una mirada suya?...

¡Sonríe. Dios te ama!, dice un eslogan famoso. ¿Cómo no vamos a sonreír, sabiendo la sonrisa de cariño que Jesucristo nos prodiga?...

Y si Jesucristo, al mirarnos y sonreírnos, todavía añade: *Mari, Roberto, Lisa, Kiko...*, llamándonos con nuestro nombre propio, hay para enloquecer de alegría...

Jesucristo, gracias porque me miras.

Jesucristo, gracias porque me sonríes.

Jesucristo, gracias porque me distingues entre tantos.

Jesucristo, si así cuento yo contigo, cuenta conmigo Tú también...